

Capítulo tres

Carlos tiró la toalla al suelo. Estaba tan enojado.

—¡No lo puedo creer! —gritó—. Somos dos tontos. Perdimos el barco. Es ridículo. El viaje está perdido.

—Se fue el barco —dijo Jaime—. No lo puedo creer. El barco no está. Salí sin nosotros.

Jaime no estaba muy enojado. Estaba sorprendido. Tan sorprendido que apenas podía hablar.

—Por supuesto que ya salió el barco —le dijo Carlos—. Son las ocho y cinco. Llegamos demasiado tarde. A lo mejor no saben que no estamos en el barco.

—Pero la tía —le dijo Jaime—. ¿Qué pasó con ella?

—A lo mejor está en la cama durmiendo —le dijo Carlos—. Está enferma.

—Ella ya les va a decir que no estamos en el barco —le dijo Jaime.

—Sí. Y va a llamar a nuestros padres —le dijo Carlos—. Se van a enojar mucho con nosotros. Aunque la tía les diga a la gente del crucero, no van a volver por nosotros.

—No sé —le dijo Jaime—. Realmente tenemos problemas.

—¡Qué tontos! —le dijo Carlos—. Normalmente somos chicos inteligentes, pero hoy no.

—Puedes decir eso mil veces —le dijo Jaime—. Tontos. Tontos. Tontos.

—No quiero oír la palabra *tonto*. Tenemos un gran problema —le dijo Carlos—. Tenemos que hablar de soluciones. Estamos en Puerto Rico. Vivimos en Ohio. Nuestro barco ya salió. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos un problema aun más grande —le dijo Carlos—. No tengo mi billetera. Alguien me robó la billetera mientras dormía en la playa.

Carlos siguió buscando la billetera pero no la pudo encontrar. La billetera no estaba.

—No lo puedo creer —le dijo a Jaime y puso la mano en el bolsillo.

—Esa mujer tenía razón. Nos dijo que había ladrones en el Condado.

—¿Tienes la billetera? —le preguntó Carlos—. Por favor, dime que tienes tu billetera.

—No la tengo —le respondió Jaime.

Carlos se sentó en el suelo. Estaba enojado. Estaba triste. Tenía miedo. Tenía ganas de llorar.

—No te preocupes, Carlos —le dijo Jaime—. Debemos pensar. Hay una solución. Solamente tenemos que pensar.

—Seguro que hay una solución —le dijo Carlos—. No sé, Jaime. No hay solución. Tengo hambre. No tengo dinero. Le di mis últimos dos dólares al chofer de la guagua. No tengo ropa excepto la que tengo puesta. Estoy en una ciudad extraña. Una ciudad grande y extraña. Es de noche. No tenemos donde dormir. No veo ninguna solución a este problema.

—Tienes razón —le dijo Jaime—. Tenemos un problema grande.

Jaime se sentó al lado de Carlos. Los dos estaban tristes y tenían miedo. No dijeron nada. La única cosa que oían era la música de un hotel en la distancia.

—Está bien. Tenemos que pensar —le dijo Carlos—. Tenemos que llamar a nuestros

padres. Podemos decirles que no estamos en el crucero. Podemos llamar y ellos pagan el costo de la llamada. Sabemos los números de las tarjetas telefónicas.

—Buena idea —le dijo Jaime.

Carlos y Jaime encontraron un teléfono. Llamaron a Ohio. El teléfono sonó en la casa de Carlos. Una máquina contestó su llamada: "No podemos hablar ahora. Deje un recado, por favor, y lo llamamos más tarde."

Carlos dejó el recado que ellos no estaban en el barco. En el recado les dijo que no se preocupen por ellos. Todo está bien. También les dijo que los iba a llamar más tarde. No les dijo que no tenían dinero.

Jaime también llamó a sus padres pero ellos tampoco estaban en casa.

No sabían qué hacer. Se sentaron cerca de una parada de autobuses. Oían música salsa a lo lejos.

—Quiero agua —le dijo Jaime—. Vamos a la cafetería que está allí. Podemos tomar agua y escuchar música. Podemos decidir que hacer también.

—Buena idea —le dijo Carlos—. Podemos dormir en la calle esta noche. Tenemos que

quedarnos en el restaurante unas horas. Podemos bailar y tomar agua. Más tarde podemos dormir en la calle.

—Buena idea —le dijo Jaime.

Fueron a la cafetería. Era una cafetería pequeña con unas mesas. La mayoría de la gente estaba comiendo pastelillos. Un pastelillo tiene carne y queso. Es un plato típico de Puerto Rico. Algunas personas estaban comiendo plátanos cocidos. Es otra comida típica del Caribe. Jaime y Carlos tenían hambre. Se sentaron a la mesa con el agua.

—Tengo muchísima hambre —le dijo Jaime.

—Yo también —le dijo Carlos—. Creo que me voy a morir de hambre.

—Creo que no vamos a comer más porque no tenemos dinero —le dijo Jaime.

—Vamos a morir aquí en Puerto Rico —le dijo Carlos.

—Vamos a tomar mucha agua —le respondió Jaime.

En ese momento Carlos se puso muy contento.

—¿Por qué estás contento cuando nos vamos a morir de hambre? —le preguntó Jaime—. ¿Es que te gusta el agua de aquí?

—Mira, hay una banda. Es una banda de salsa. Hay una chica que va a salvarnos.

Los dos miraron a las personas en la banda. Vieron a la persona que podía ayudarlos. Era una muchacha. Estaba allí parada con la banda. Era Carmen Moreno. Ella parecía una persona mala. Pero a Jaime y Carlos les parecía bella, más bella que nunca. Era divina. Era un ángel.